


Silvia
ALIAGA

Tatiana
MARCO

Estrellas
sobre
Seül



Ilustraciones de Inma Moya

 **NOCTURNA**
EDICIONES

© Silvia Aliaga y Tatiana Marco, 2020
International Rights © Tormenta, 2020
rights@tormentalibros.com · tormentalibros.com
© de las ilustraciones: Inma Moya, 2020

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.o C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: octubre de 2020

Preimpresión: Elena Sanz Matilla
Impreso en España / *Printed in Spain*
Impreso por Estugraf

Código IBIC: YFB
ISBN: 978-84-17834-86-9
Depósito Legal: M-23384-2020

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Para todos los que deseaban regresar a la trastienda del Stardust.
Bienvenidos de nuevo.*



Soy todos esos fallos y errores que componen las estrellas más brillantes en la constelación de mi vida. He aprendido a quererme por quién soy, por quién fui y por quién espero llegar a ser.

DISCURSO DE KIM NAMJOON, DE BTS,
PARA LAS NACIONES UNIDAS

Protagonistas



Dani



Riley



Samuel



Paula



Minwoo



Jihun



Hyunsoo



Jay



Young



Alex



1. Desafiando la gravedad



Dani

Nada aquel día indicaba que Dani iba a conocer a la persona que acabaría salvándole la vida. De hecho, mientras escuchaba con desgana al director artístico de la obra de teatro en la que estaba colaborando, sentado en ese enorme salón de actos de la Universidad de Gloucester, sólo tenía un propósito en mente: encontrar una excusa aceptable para escaquearse del almuerzo con el resto del equipo y largarse lo antes posible de allí, en dirección al centro de la ciudad. En una de las pequeñas librerías que solía frecuentar habían conseguido una vieja edición de *Eduardo II* de Christopher Marlowe y, antes de enviársela a su afortunado comprador, le habían prometido dejarle echar un vistazo.

Reprimió un suspiro mientras uno de sus compañeros planteaba una pregunta al director de la obra. Por lo general, le gustaba estar en el salón de actos hablando de teatro, pero cada vez se notaba más disperso, menos concentrado en su trabajo.

Sabía que había tenido una suerte inmensa cuando el departamento de Artes Escénicas le había ampliado la beca un par de años más después de su graduación. Sin embargo, el día que supo que podría

seguir dedicándose a ese trabajo que tanto le apasionaba y que podría continuar viviendo cómodamente en Inglaterra, el país que siempre había considerado mucho más suyo que su propia tierra natal, Dani se limitó a observar en silencio el viejo cuaderno verde que reposaba sobre su escritorio. De pronto, se sintió tremendamente solo.

Quizá fue por eso, por la sensación de soledad que, lejos de disiparse, parecía crecer cada día, que Dani optó por renunciar a su cita con Eduardo II al salir de la reunión y se dirigió, casi sin reparar en ello, hacia el único Starbucks de la ciudad de Gloucester.

Llevaba varios meses frecuentando el lugar. Algo sorprendente, teniendo en cuenta que siempre había odiado ese tipo de multinacionales. Cuando abrió la puerta del local y el tenue olor a café llegó hasta él, se encontró un poco mejor. Declan, uno de los camareros, le saludó con un ligero movimiento de cabeza al verle llegar mientras devolvía su atención a los clientes que tenía frente a la barra. Dani se acomodó en uno de los sillones junto a la ventana y sacó su libreta para revisar las notas de la reunión. Allí sentado, rodeado del resto de clientes, cada uno sumido en sus propios asuntos, empezaba a sentirse más centrado.

—¿Querrás que te acerque a Leadworth con la moto?

Dani levantó la vista de sus apuntes cuando Shawn, otro de los camareros, colocó frente a él una taza humeante.

—No he pedido nada aún —le explicó Dani, aturdido.

Shawn se encogió de hombros.

—Earl Gray en taza de cerámica, nada de vasos de cartón. Es lo que pides siempre.

Dani notó cómo le subía el calor a las mejillas. ¿En qué momento se había convertido en el tipo de cliente habitual de un mal-

dito Starbucks hasta tal punto que los camareros eran capaces de adivinar lo que iba a pedir?

—Quizá quieras probar otra cosa —le tentó Shawn—. Tenemos un *frappuccino* de caramelo y fresa que está increíble. Se me da genial prepararlo.

—Gracias, pero creo que me quedo con esto.

—Al menos deja que le ponga algo más al Earl Gray. ¿Quieres que probemos con la vainilla? Mi abuela solía echarle vainilla siempre. Y un poco de leche. Lo llamaba London Fog.

—Está bien así, de verdad.

—Como veas, pero piénsate lo de la moto. —Shawn se frotó las manos contra el delantal y lanzó una mirada distraída a su alrededor—. Salgo a las cuatro y voy a ir a pasar el fin de semana a tu pueblo. Emma y yo estamos intentando arreglar las cosas. Dicen que a la quinta va la vencida —añadió con un suspiro.

—Suena prometedor. Os deseo la mejor de las suertes.

De repente, la idea de ir a ver la edición antigua de *Eduardo II* le volvía a resultar muy tentadora. Aunque nunca habían tenido una relación estrecha, conocía a Shawn desde hacía años y no le caía mal del todo, pero ¿no se suponía que la gracia de ese tipo de locales era que no necesitabas socializar con nadie?

—No sé, tío. Emma y yo llevamos años así. A veces pienso que... Oye —soltó de pronto en tono confidente—, ahí al fondo está sentado un tío que no deja de mirarnos. Quizá le gustes...

Dani siguió la mirada de Shawn con el ceño fruncido. Desde su posición, apenas podía distinguir bien la figura oscura acomodada en uno de los últimos sillones. Desistió y estiró la mano para coger la taza de té.

—Quizá le gustes tú —murmuró con desgana.

—Lo dudo —admitió Shawn—. Desde que me corté el pelo, he perdido todo mi encanto. Emma opina que parezco un pringado, que ya no tengo mi rollo rockero, ¿sabes? —Volvió a lanzar una mirada hacia el fondo—. Yo que tú no perdería la oportunidad, es un tipo bastante atractivo. Parece extranjero —añadió—. Quizá sea japonés o chino.

Dani se atragantó con el té que estaba bebiendo y sintió que se le aceleraba el pulso. Shawn le abandonó pocos segundos después, ya que su compañero requería su presencia desde la barra. Dani se quedó inmóvil en el asiento, sin saber muy bien qué hacer, y se obligó a no mirar hacia el fondo del local.

No porque le preocupase que aquel chico del que hablaba Shawn y que, según él, no dejaba de mirarle fuera realmente japonés o chino. Al contrario. Lo que le preocupaba era que no lo fuese.

Llevaba tiempo obligándose a no pensar en ello. Había reprimido esos recuerdos de forma tan insistente que a veces llegaba a creer que nunca habían ocurrido de verdad. Aunque, en el fondo, sabía por qué acababa volviendo una y otra vez al Starbucks de Gloucester. Una parte de él necesitaba un motivo para huir, una excusa para regresar.

Necesitaba que alguien se olvidase un viejo medallón entre esos sillones.

Levantó la vista casi sin darse cuenta, con el corazón resonando en los oídos. Quizá sus ojos ya se habían acostumbrado a la tenue luz del local porque esa vez, cuando sus miradas se cruzaron, sí distinguió sus rasgos. Efectivamente, tal como Shawn había dicho, era bastante atractivo y, desde luego, asiático. Pero no era Jay. No era ninguno de ellos.

Sabía que era una estupidez. Al menos, eso es lo que se repitió a sí mismo mientras regresaba a Leadworth en autobús, tras abandonar el Starbucks de forma torpe y repentina. No podía huir eternamente de todo lo que le recordase a Corea del Sur. No podía seguir fingiendo que aquellos meses nunca habían existido. Y, sobre todo, no podía seguir posponiendo mucho más la promesa que había hecho junto al río Han.

Habían pasado algo más de dos años desde aquel momento que le parecía ya muy lejano. Dani recordaba todos y cada uno de los detalles más insignificantes de esa noche. El murmullo del río, las voces amortiguadas del resto de jóvenes que se habían reunido allí a beber y a cenar junto a los puestos de comida ambulante, la calidez de principios de verano, el olor a agua y a césped, y el sonido tenue del grupo de música callejero que actuaba en la otra orilla.

Pero, en especial, recordaba a su mejor amiga. Esa había sido la última vez que estuvieron a solas de verdad. Recordaba cómo le había abrazado y había juntado su frente con la de él mientras lloraba. Cómo Dani le había confesado todo lo que sentía por ella, lo importante que había sido en su vida. Ella le había hecho prometer varias cosas. Le había dado instrucciones precisas para que, según sus propias palabras, Dani no se sintiese solo y sin rumbo, para que no arruinase su vida.

Apoyó la cabeza contra el cristal de la ventanilla del autobús y cerró los ojos. Al otro lado, Leadworth y las luces de Navidad que ya colgaban de los árboles de la plaza principal le daban la bienvenida.

Decidió bajar una parada antes y dar un paseo hasta casa desde la plaza. Necesitaba despejarse y disimular su extraño humor.

Cuando casi había llegado, se cruzó con la señora Mott, que regentaba un pequeño *Bed & Breakfast* en su misma calle.

—He pasado antes por vuestra casa. Os he dejado un poco de estofado en la nevera —le informó la mujer mientras cruzaba los brazos alrededor del pecho para protegerse un poco más del frío. Había salido a la calle a tirar la basura vestida con una simple bata—. Ya se lo he dicho a Wilfred, podéis comer con nosotros en Navidad. Nos encantaría teneros allí.

—Muchas gracias. No faltaremos.

Había una nota de tristeza en la mirada de la mujer, que se esforzó en disimular antes de volver a hablar:

—¿Has recibido ya tu postal? —le preguntó, en un claro intento de cambiar de tema—. Me alegra saber que le va bien, pero me sorprende la extraña afición de ese chico por los gatos.

Dani esbozó la primera sonrisa auténtica del día. Tiempo atrás, la señora Mott había alojado en su negocio a un joven irlandés unos años más mayor que él. Aquel chico que, con sus tatuajes y su chupa de cuero, parecía recién sacado de alguna película de pandilleros había traído a Dani de cabeza. Incluso su vecina, que había recibido su primera aparición con ojos críticos, acabó encantada con su inquilino. Desde entonces, él les enviaba una postal navideña todos los años sin excepción. Aunque no habían llegado a intimar tan a fondo como a Dani le hubiese gustado, lo conocía lo suficiente para saber que esas postales cursis llenas de animales esponjosos, lazos y cestas con flores tenían un componente irónico que la bondadosa señora Mott era incapaz de entender.

Entró en casa sigilosamente tras despedirse de ella. Encontró a Wilfred dormitando en el sofá, frente al televisor. Llevaban viviendo

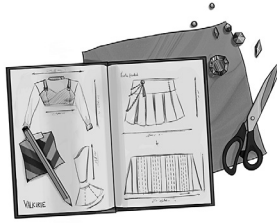
juntos desde que Dani se mudó a Inglaterra a los diecisiete años, cuando la joven camarera que acabaría convirtiéndose en su mejor amiga le arrastró hasta allí por primera vez y le ofreció quedarse con ella y su abuelo. Sin embargo, ahora ya sólo quedaban ellos dos. Muchos de sus compañeros de facultad, en Gloucester, se sorprendían de que Dani prefiriese vivir con un hombre de ochenta años en aquel pueblecito en lugar de alquilarse un apartamento en la ciudad, cerca del trabajo. Pero hacía tiempo que esa casa se había convertido en su hogar y Wilf, en su familia. Además, había hecho una promesa.

Dejó sus llaves con suavidad sobre la mesita de la entrada para no despertarlo. Entre el correo había una postal rosa, con un cachorro de gato persa asomando la nariz tras una caja llena de purpurina. Dani reprimió una carcajada mientras le daba la vuelta y leía la felicitación de Navidad de Andrew Jones.

Pero algo desvió su atención. También sobre la mesa, enterrada entre facturas y otras postales navideñas mucho más anodinas, sobresalía casi con impertinencia otra carta. En ella se veía un cielo estrellado en el que destacaba una estrella fugaz. En medio de ese cielo, un logotipo redondo de color rojo. Un logo muy parecido al del Starbucks en el que había estado esa misma tarde.

Dani pasó los dedos por la superficie de la postal, sin atreverse a levantarla de la mesa. Había cumplido todas las promesas que había hecho aquella noche junto al río Han. Todas excepto una. Esa a la que su amiga se había referido como la más importante de todas.


Cris y su insufrible manía de tener siempre la razón.



Riley



Riley se subió la bufanda hasta la nariz, preparándose para el viento gélido que la golpearía en cuanto abriera la puerta, y se aferró a su abrigo. Lo había confeccionado años atrás, durante su primer año en la escuela de diseño, y todavía era una de sus prendas favoritas. Le encantaba su color verde menta y la suavidad del tejido. La búsqueda en las tiendas de textil de la ciudad de Jeju le había llevado semanas hasta que dio con la tela perfecta. Además, sólo le habían pasado cosas buenas cuando lo llevaba puesto. Por eso había decidido llevarlo ese día, a pesar de que estaba algo desgastado y se quedaba un poco escaso para soportar el frío de diciembre en Seúl. Necesitaba sentirse segura.

El pequeño patio de la casa en la que se alojaba estaba cubierto por un manto blanco y los copos se arremolinaban frente a él. A pesar de todo, Riley sonrió. Siempre le había gustado la nieve, pero, desde que con quince años se trasladó de Australia a Jeju, no había vuelto a ver una nevada en condiciones. La cima del monte Hallasan se volvía blanca cada invierno, pero hacía años que no subía hasta allí, y mucho menos fuera de la temporada veraniega.



A primera hora de la mañana, el metro se encontraba abarrotado por la gente que se dirigía a sus puestos de trabajo. Apenas hacía dos semanas que había llegado a la ciudad y todavía no se había acostumbrado a las aglomeraciones y al ritmo vertiginoso de Seúl. En Jeju, incluso en plena capital y a pesar del aumento del turismo masificado en los últimos años, todo le resultaba más calmado. Aunque había nacido y crecido en una ciudad bastante grande, se había acostumbrado rápidamente con la relativa quietud de la isla surcoreana. Riley adoraba vivir allí y jamás se habría marchado si las circunstancias no lo hubiesen exigido.

Reprimió un suspiro mientras se esforzaba por abrirse camino en dirección a la puerta corredera. Había llegado a la estación de Apgujeong, su destino. Recordaba perfectamente el día que, un mes atrás, su vida había dado un giro radical, arrastrándola hasta allí.



Al terminar sus estudios de estética y diseño de moda, y después de varios trabajos temporales, Riley había conseguido que la contrataran en calidad de ayudante de estilismo para la JIBS, una cadena de televisión regional de la isla de Jeju. No era un trabajo muy emocionante y ni siquiera trabajaba la jornada completa, pero el sueldo le llegaba para cubrir sus gastos y le dejaba el tiempo libre suficiente para dedicarse a sus propios diseños. Perfecto para ella, pues había encontrado una tienda en la ciudad que se dedicaba a exponer y vender por encargo las prendas de diseñadores noveles e independientes.

La gran sorpresa llegó un día de noviembre. Riley acababa de terminar de maquillar a una de las presentadoras del telediario cuando su jefe entró en el camerino y le pidió, con mucha seriedad,



que lo acompañara a su despacho. Mientras lo seguía, con la vista fija en sus preciosos zapatos nuevos y los nervios a flor de piel, se esforzó en recordar qué era exactamente lo que había hecho mal. Tal vez podía evitar una reprimenda si ella misma se adelantaba y pedía disculpas. Sin embargo, cuando llegaron a la puerta del despacho, él se limitó a abrirla, pedirle que pasara y cerrarla tras ella, quedándose fuera.

Se quedó allí plantada, sin entender nada. Sentada tras la mesa de su jefe, casi como si le perteneciese, se encontraba una de las mujeres más elegantes y estilosas que Riley había conocido jamás en persona. Se preguntó si sería una actriz famosa, pero no recordaba haber visto su cara en ningún sitio. Parecía rondar los cuarenta años y tenía una larga melena castaña que le caía en ondas perfectas sobre los hombros, desprendiendo reflejos dorados. Su maquillaje también era impecable. Aun así, nada de eso atrajo su atención de primeras. Aunque Riley había estudiado peluquería y maquillaje, siempre había tenido un punto débil: la ropa. Sus amigos solían burlarse de ella cuando les decía que era capaz de adivinar el carácter y los secretos de una persona con echar un vistazo a lo que llevaba. En este caso, el traje de chaqueta que vestía aquella mujer tenía un corte clásico. Riley lo reconoció: una de las prendas de la colección de otoño de Balenciaga del año anterior.

Recordaba haber sentido cierta decepción al inspeccionar la colección tan pronto como se anunció el catálogo. Para su gusto, habían pecado de conservadores, ya que habían creado unos trajes de mujer algo anodinos. Estaba claro que alguien más compartía su opinión. El sencillo traje de chaqueta de la mujer estaba personalizado: habían cosido un aplique de puntilla y pequeñas perlas de color blanco sobre



los hombros que contrastaba con el color gris. Aunque Riley no podía verlo desde ahí, apostó por que el aplique se extendía por la espalda. Al menos, eso es lo que ella hubiese hecho. No pudo evitar preguntarse quién sería el genio detrás de aquel conjunto.

Ignorando el escrutinio de Riley, la mujer le sonrió y señaló la silla vacía frente a ella, al otro lado del escritorio.

—Buenos días, señorita Yun. Siéntese, por favor. Soy la directora Cha y vengo en representación del programa *After Class* de SBS. Supongo que lo conoce, ¿no es así?

Riley obedeció y se acomodó mientras asentía a modo de respuesta, sin atreverse a articular ninguna palabra. Claro que conocía *After Class*, la cadena para la que trabajaba era una filial de la propia SBS y el programa se había vuelto muy popular.

—No sé si le han informado sobre lo que iba a tratar nuestra reunión de hoy... —continuó la mujer.

—No, señora —murmuró Riley, sintiendo una punzada de nervios en el estómago.

Aquello sólo podía significar una cosa, pero la simple idea le parecía descabellada.

—Los directivos de la cadena han pensado que estaría bien que contáramos con un estilista propio. Queremos a alguien que se dedique en exclusividad a nuestro presentador y a los invitados. Si conoce el programa, sabrá que procuramos infundir una personalidad propia a nuestros contenidos. Nos gustaría trabajar también ese aspecto a nivel visual y, si no me equivoco, usted es buena en lo que hace y le apasiona el mundo de la moda, ¿cierto? Eso es lo que nos ha contado su jefe.

—Eso..., eso creo —respondió con la voz entrecortada.



¿Querían que trabajase con ellos? Aquello no tenía ningún sentido. Se le daba bien su trabajo y siempre había soñado con dedicarse al mundo de la moda, pero nunca había hecho nada para destacar fuera de la isla de Jeju. Estaba segura de que había miles de estilistas mucho más preparados que ella en Seúl.

—Supongo que esto le interesará —añadió la directora Cha, tendiéndole una carpeta encima de la mesa—. No necesito que me dé una respuesta ahora. Lea todo detenidamente y piénselo con calma. Dentro encontrará mi tarjeta. Llámeme cuando haya tomado una decisión.

Aquella tarde, mientras regresaba a su apartamento, no paró de darle vueltas al asunto. Desde luego, la mejora en su vida laboral sería considerable y su currículum ganaría muchos puntos, pero ¿qué narices se le había perdido a ella en Seúl? Sabía que allí los alquileres estaban por las nubes y, aunque la oferta económica que había encontrado dentro de la carpeta era generosa, no sabía si lo suficiente como para permitirse vivir sola. Riley se veía incapaz de compartir piso con otras personas que no fueran Yuna y Siwon, sus mejores amigos.

Años atrás, al empezar la universidad, se mudaron a un apartamento en la ciudad de Jeju, junto con el enorme gato naranja que llevaban cuidando entre los tres desde que tenían dieciséis años. El apartamento era pequeño y viejo, pero estaba bien situado en la plaza del ayuntamiento y acabaron por darle un toque muy personal y hogareño. Cuando no estaban en clase o estudiando en la mesa del salón, solían salir a pasear juntos o se enterraban bajo las mantas del sofá viendo películas. Eran felices. Una familia. Un par de años atrás, ocurrió lo inevitable, lo que Riley ya esperaba desde hacía tiempo: Siwon y Yuna empezaron a salir juntos. Y se casaron poco después.



Aun así, sus amigos jamás habían hecho que Riley se sintiera desplazada y se habían indignado cuando Riley les insinuó que, ya que ahora estaban casados, quizás ella debería mudarse a otro piso. Le hicieron descartar la idea casi antes de poder plantearla.

Cuando regresó esa tarde, Siwon y Yuna estaban sentados a la mesa de la cocina presidiendo un festín del mejor marisco de Jeju, probablemente cortesía del padre de Siwon.

—¡Qué bien huele! —exclamó Riley, y decidió no hablar todavía sobre el encuentro con la directora Cha. Dejó el bolso colgado en el perchero de la entrada y notó cómo su estómago comenzaba a rugir—. ¿Celebramos algo?

—Celebramos que Altair, de la constelación de Aquila, puede contemplarse a simple vista esta noche. Si queréis, luego podríamos subir a la azotea para que la veáis vosotras también —comentó Siwon mientras le tendía un vaso rebosante de *soju* a Riley, que puso los ojos en blanco, y Yuna se rio. En su regazo, ronroneaba el gato blanco y negro que habían adoptado hacía menos de un año. Siwon le rascó las orejas—. A ti sí que te gusta la idea, ¿verdad, pequeño? Quieres ver la estrella con la que compartes nombre.

A pesar del aire juguetón, a Riley no le pasó desapercibida la nota de alegría en la voz de Siwon y la sonrisa de complicidad que compartió con Yuna cuando creían que no les miraba. Algo le decía que Altair no era el único motivo de celebración.

Tras dar buena cuenta de todos los manjares, Yuna puso frente a ella un trozo de su pastel de chocolate favorito. Bajo el plato había un sobre marrón.

—¿Qué es esto? —preguntó Riley, poniéndose nerviosa por segunda vez aquella tarde.



—Ábrelo —contestó su amiga en tono gentil, y se sentó de nuevo junto a Siwon.

Con manos temblorosas y sintiéndose observada, Riley cogió el sobre y lo abrió con mucho cuidado. Se le hizo un nudo en la garganta al reconocer lo que era. Una ecografía.

—¡Vas a ser tía, Riley! —exclamó Yuna con entusiasmo—. Vamos a traer un nuevo miembro a la familia.

En aquel mismo momento, mientras abrazaba a sus dos amigos con lágrimas en los ojos, Riley fue consciente de que llevaba demasiado tiempo postergando lo inevitable. Sus amigos acababan de dar un paso más y, aunque se alegraba muchísimo por ellos, sabía que ella debía hacer lo mismo.



Así que allí estaba, saliendo del metro de Seúl de camino a su primer día de trabajo para la SBS. Dejando atrás a las dos personas que más quería en el mundo. Buscando su propio camino.



Al menos, había logrado una solución bastante conveniente para el tema del alojamiento. Tras volverse loca tratando de encontrar algún sitio en el que quedarse, su madre había sugerido que podía alojarse en casa de unos antiguos amigos de la familia. Al parecer, hacía ya unos años que el padre había fallecido y la madre y la hija pasaron un tiempo en Melbourne cuando Riley acababa de mudarse a Jeju. La niña incluso había permanecido allí durante un curso escolar entero. Según le dijo su madre, ambas estarían encantadas de acogerla. Además, había insistido, en un tono que Riley había aprendido a reconocer con cierto hastío, en que la mujer tenía otro hijo más o menos de su edad.



Aunque su madre llevaba más de media vida residiendo en Australia, no dejaba de ser una mujer coreana, y Riley sabía que no veía con muy buenos ojos que, habiendo cumplido veintiséis años, su hija nunca hubiese mostrado interés en buscar pareja. Así que se sintió aliviada al llegar a Seúl y descubrir que el hijo de la casera estaba felizmente emparejado. De hecho, convivía con su novia en un pequeño apartamento junto a la casa principal.

Enamorarse no entraba en los planes de Riley desde hacía tiempo. Tras una agitada adolescencia en la que sus pequeñas aventuras amorosas sólo le habían traído disgustos, no había vuelto a pensar demasiado en los chicos. Para colmo de males, la única persona por la que había sentido algo en la última década se había vuelto inalcanzable.

El ritmo de las oficinas de la SBS en Seúl no parecía aproximarse ni de lejos a la pausada calma que reinaba en la cadena local de Jeju donde Riley había trabajado hasta entonces. Aunque todavía era temprano, el edificio se encontraba sumido en plena actividad. La gente corría de un lado para otro con percheros portátiles cargados de ropa y zapatos; otros llevaban varias tazas de café en soportes de cartón y los mánagers de los famosos daban vueltas por el vestíbulo pegados a sus teléfonos móviles. A Riley le pareció distinguir entre el tumulto a Min Hayun, una de sus actrices de comedia favoritas, pero se obligó a seguir caminando. Como le habían insistido el día que firmó el contrato, uno de los requisitos para ese trabajo, en el que iba a tratar con estrellas a diario, era ser discreta y no hacer que los invitados se sintieran incómodos.

La directora Cha la estaba esperando frente a la puerta del estudio donde se rodaba *After Class*.

—Buenos días, señorita Yun. ¡Qué puntual! —exclamó esbozando una sonrisa jovial—. Espero que, a partir de ahora, no te importe si te

empiezo a llamar Riley. Vamos. Te enseñaré el lugar y te presentaré al resto del equipo.

Era uno de los programas más vistos entre los jóvenes y sus índices de audiencia se superaban semana tras semana; pese a ello, la mecánica no podía ser más sencilla: un espacio de entrevistas cercanas donde los invitados rememoraban vídeos de su pasado, participaban en improvisados juegos de ingenio o recibían preguntas del público a través de las redes sociales. Había empezado de forma humilde, pero su estilo fresco, el carisma del presentador y el éxito de sus primeras entrevistas habían propiciado que su popularidad aumentase poco a poco hasta convertirse en uno de los programas de referencia de la cadena.

Quizá por eso a Riley le sorprendió comprobar que el estudio era aún más pequeño de lo que aparentaba en la televisión y que el equipo fijo lo formaban apenas cinco personas: la directora Cha, dos cámaras, un ayudante de producción y, desde aquel día, ella. En realidad, bien mirado, eran seis, pero intentaba no pensar en el sexto miembro: el presentador Han Jimin. Se lo consideraba uno de los hombres coreanos más atractivos de su generación. Un título que, en opinión de la joven, estaba más que merecido. Aunque hasta entonces sólo le había visto a través de una pantalla, su mera mención le ponía nerviosa. La gente tan guapa siempre la había intimidado un poco.

—Deja tus cosas aquí —le indicó su nueva jefa—. Tenemos que ir a la sala de maquillaje o empezaremos tarde. Seguro que Jimin nos está esperando ya. Os presentaré; tiene ganas de conocerte.

Riley la siguió, esforzándose por mantener su respiración bajo control. Como la directora había predicho, el presentador ya estaba sentado en uno de los sillones de maquillaje, con las piernas cruzadas y los ojos cerrados en un gesto relajado.

—Jimin, perdona la tardanza. Te presento a nuestra nueva estilista, Riley Yun.

Al escuchar a su compañera, el hombre abrió los ojos y se levantó. De forma instintiva, Riley retrocedió un poco, intentando hacerse más pequeña. Han Jimin cruzó el espacio que los separaba en dos zancadas.

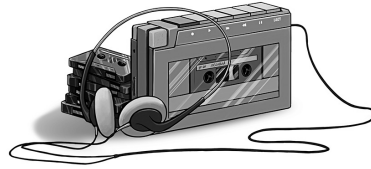
Tenía una sonrisa cálida y unos dientes casi perfectos. Riley ni siquiera se fijó en la ropa que llevaba, algo sorprendente en ella. Tenía toda toda su atención puesta en el hoyuelo que se le había formado en la mejilla izquierda al sonreír.

—Un placer conocerte, Riley. Bienvenida al equipo.

Ella se disponía a hacer una reverencia, pero él extendió el brazo para estrechar su mano. Riley era una joven de constitución fuerte y bastante más alta que las chicas de su edad, lo que siempre la había acomplexado de adolescente. Aunque Jimin era alto, apenas la superaba en un par de centímetros, y su mano, suave y cuidada, envolvió la suya, haciéndole sentir delicada y femenina. Algo a lo que no estaba demasiado acostumbrada.

—Me han hablado mucho de tu talento —dijo él—. Estoy deseando verte en acción.

Riley tragó saliva y sólo pudo pensar en lo contenta que se pondría su madre si estuviera presente en ese instante, azorada ante la mirada de un hombre al que acaba de conocer. Desde luego, el futuro cercano iba a ser, cuando menos, interesante.



Jihun

Fragmento de *Vida y muerte de Insomnia:* *Cómo WIMTS perdió el rumbo*

Mucha gente piensa que WIMTS construyó el famoso rascacielos que lleva su nombre, pero no fue así. Hoy en día, tal vez podrían habérselo permitido, pero hace quince años WIMTS sólo era una empresa de entretenimiento más. Todavía no se había convertido en el buque insignia del *Hallyu*, la ola coreana.

Aun así, aquellos que creen que el edificio siempre les perteneció no andan del todo desencaminados. En cuanto se construyó, WIMTS compró las últimas plantas, incluida su famosa azotea, donde instaló una cafetería que pronto se convertiría en un referente de estilo y exclusividad en la ciudad de Seúl. Había que trabajar en WIMTS o ser invitado para acceder al lugar y a sus impresionantes vistas de la isla de Yeouido.

Algunos, empresarios rivales o periodistas malintencionados, lo consideraron un acto de vanidad, una inversión demasiado atrevida e innecesaria para una empresa que, si bien ya tenía un buen hueco

en la industria del entretenimiento, todavía no había destacado especialmente. No obstante, como si aquel acto de fe hubiese atraído la buena suerte, apenas dos años después WIMTS ya poseía todo el rascacielos.

Todo había cambiado de golpe y nada volvería a ser lo mismo. Ni en aquella pequeña isla en medio del río Han ni en el país entero.

Insomnia fue quien lo cambió todo.